

Cuarto Premio Redacción Estudiantes

Por si acaso

¡Chof! Última palada. Un chaval moreno y con pinta de haber estado en forma hace no tantos años repasa con la espátula por última vez los puntos de fijación de la pieza, ligera y provisional, que ahora me separa del mundo. No es esta zona tierra de grandes vientos, más bien es por precaución, un simple “por si acaso”, tan simple como el que a mí me faltó.

Desde aquí, desde este mundo que no existe y en el que ya nadie puede verme, observo detenidamente al joven, acostumbrado a evitar toda mueca que contradiga el sentir general de aflicción, quiero pensar que sincera. Es un entierro, reina el silencio y él no lo rompe ni para indicar con un gesto cómplice a su compañero, este sí ya veterano, que sujete con fuerza la escalera plegable de la que se ha ayudado para subirse a un pequeño andamio y emparedarme en el tercer piso de este cementerio. El metal brilla, escupe con fuerza el sol del mediodía que proporciona una excusa a los asistentes para no quitarse ni un segundo las gafas oscuras. No parece endeble, la escalera. Será, supongo, por si acaso.

Una vez con los pies en el suelo, veo como, todavía ataviado con un casco amarillo chillón y unos guantes blancos (se diría que acabados de estrenar) saluda a mi madre, la más entera del grupo, y acto seguido a mis primos. Es entonces, cuando sonrío fugazmente a mi sobrina, la pequeña, que me veo a mi mismo, cubierto también con un casco amarillo y con las manos a resguardo de unos guantes blancos. Pero esta imagen es mentira. Había un andamio, eso es cierto, y bastante más alto. “¡Una obra así no se hace cada día, eh!”, nos decíamos a menudo con Martín. Pero a mí me faltó el casco amarillo chillón y me faltaron los guantes, blancos o negros o de cualquier color. Y también unas botas que no resbalaran y una barandilla conforme a la ley (porque “¿Tú te has caído alguna vez? ¡Pues ya está, hombre!”) y un gesto cómplice con el que avisar. Y en cambio me sobraron demasiadas cosas. Demasiados pasos a ciegas, sin pensar, y demasiadas chicas las que incordiar. Incluso me sobró algún salto al vacío, prescindiendo de la escalera, porque “ya sabes, todavía soy joven”, me decía. Me sobraron miles, millones de llamadas de

teléfono “urgentes”, que “no podían esperar”, para arreglar el mundo en cuatro palabras, o por lo menos el fin de semana.

Ahora sí se ha roto el silencio. El operario veterano da marcha atrás lentamente con el pequeño remolque sin perder de vista retrovisor y ya con el chico moreno en el sitio del copiloto. En pocos minutos se han perdido por la puerta trasera del cementerio y solo quedan ante la pieza, ligera y provisional, mi madre y mis primos, que tratan de distraer a la pequeña. Un poco más acá está Martín, con la mano en el bolsillo destrozando un pañuelo deshecho de tanto sonarse los mocos. “Se ve que la lápida definitiva tardará unos días”, oigo que comenta alguien.

Excusas hay miles y verdades pocas. Sin embargo hay una, la que conservo aún, incluso desde este mundo que no existe y en el que ya nadie puede verme: me faltó atención, mis cinco sentidos, me faltó un por si acaso.

Narcís Figueras i Delofeu

23 años

Universitat Pompeu Fabra

Campus de la Ciutadella

Barcelona